

SEPARACION DEL MUNDO Y PRESENCIA EN EL MUNDO¹⁵

Después de habernos puesto en guardia, durante siglos, contra “el siglo” y predicado la “separación del mundo” y hasta el “desprecio del mundo”, la literatura espiritual invita actualmente a “ser de su siglo” e insiste sobre la “presencia en el mundo”, el “diálogo con el mundo”.

¿Habrá una ruptura con la tradición?

¿Habrá que adorar lo que se ha quemado y quemar lo que se ha adorado?

¿Habrá que exaltar aquello a lo que se había renunciado?

¿No habrá quizás una ambigüedad en el sentido del término “mundo”?

¿Qué significa “el mundo” en el Nuevo Testamento?

Los sinópticos

Mateo cita tres aserciones de Jesús donde el término aparece con un sentido de totalidad:

“Vosotros sois la luz del mundo” dice Jesús a sus discípulos (*Mt 5,14*).

“¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?” (*Mt 16,26*).

“¡Ay del mundo por los escándalos!” (*Mt 18,7*).

En los demás textos sinópticos el término griego *kosmos* tiene el sentido de “universo”, de “toda la tierra”.

San Pablo

El término tiene generalmente un sentido peyorativo:

“El mundo está destinado a ser juzgado por Dios” (*Rm 3, 6.19*).

Los santos también lo juzgarán (*I Co 6,2*).

La sabiduría de este mundo no ha reconocido a Dios (*I Co 1,21*); es necedad delante de Dios (*I Co 3,19*). El cristiano no ha recibido el espíritu del mundo sino el Espíritu que viene de Dios (*I Co 2,12*).

“Los que disfrutaban del mundo (vivan) como si no disfrutasen, porque la apariencia de este mundo pasa” (*I Co 7,33*).

“Cuando éramos menores de edad vivíamos como esclavos bajo los elementos del mundo” (*Ga 4,3; Col 2,8*).

Por sus juicios el Señor nos corrige para que no seamos condenados junto con el mundo (*I Co 11,32*).

“Vosotros que estabais muertos por vuestros delitos y pecados, en los cuales vivisteis en otro tiempo según el proceder de este mundo” (*Ef 2,1*).

¹⁵ De *Lettre de Ligugé*, N° 137, 1969. Tradujo: Hna. María Basilia Portillo, osb. Abadía de Sta. Escolástica, Argentina.

(A diferencia del arrepentimiento) “la tristeza de este mundo produce la muerte” (1 Co 7,10).

Satanás es el dios de este mundo (2 Co 4,4).

La relación del cristiano con el mundo es una crucifixión: “En cuanto a mí ¡Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es un crucificado para mí y yo un crucificado para el mundo!” (Ga 6,14).

Por otra parte, “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Tm 1,15) y su venida no es una venida de condenación sino de reconciliación: “En Cristo, estaba Dios reconciliando al mundo consigo” (2 Co 5,19).

San Juan

El término mundo es usado muy frecuentemente en el corpus joánico y su sentido varía según el contexto.

El mundo significa el universo creado en el que el Verbo se encarnó: viene “de otra parte”.

Al ver el milagro de la multiplicación de los panes, la gente exclama: “Este es sin duda el profeta que iba a venir al mundo” (Jn 6,14).

En Galilea, su familia insta a Jesús a que marche a Judea: “Si haces estas cosas, muéstrate al mundo” (Jn 7,14).

Jesús vino al mundo para comunicar lo que del Padre había aprendido (Jn 8,26).

Jesús vino al mundo para un juicio (Jn 9,39).

Jesús ha sido santificado y enviado al mundo por el Padre (Jn 10,36); él es el Mesías que iba a venir al mundo (Jn 11,27).

Jesús nació y vino al mundo para dar testimonio de la Verdad (Jn 18,37).

En la última Cena uno de los discípulos le preguntó. “¿Qué pasa para que te vayas a manifestar a nosotros y no al mundo?” (Jn 14,22).

Jesús dice al Padre: “He manifestado tu Nombre a los que me has dado sacándolos del mundo” (Jn 17,6).

Un poco más adelante dice: “Ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo” (Jn 17,11).

“Dentro de poco el mundo ya no me verá” (Jn 14,19).

Lo que ocurre es que Cristo está “de paso” por el mundo: “Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre...” (Jn 13,1).

“Salí del Padre y vine al mundo, ahora dejo el mundo y voy al Padre” (Jn 16,28).

Había dicho en otro tiempo a los judíos: “Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo” (Jn 8, 23).

El mundo no comprende el misterio de Jesús:

“Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido” (Jn 17,25), dice Jesús a su Padre. Antes había dicho:

“El Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce” (Jn 14,17).

El mundo no comprende mejor a los cristianos de lo que comprende a Cristo:

“El mundo no nos conoce porque no le conoció a él” (1 Jn 3,1).

Mientras los hombres no se hayan adherido a la persona de Jesús siguen perteneciendo al mundo: 4

“El mundo no puede odiaros; a mí sí me aborrece” (Jn 7,7).

El mundo odia a Cristo:

“No os extrañéis, hermanos, si el mundo os aborrece” (1 Jn 3,13).

La adhesión a Cristo desata el odio del mundo:

“Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero como no sois del mundo, porque yo al elegiros os he sacado del mundo, por eso os odia el mundo” (Jn 15,18. 19).

“Yo les he dado tu Palabra y el mundo los ha odiado porque no son del mundo como yo no soy del mundo. No te pido que los retires del mundo sino que los guardes del Maligno. No son del mundo como yo no soy del mundo” (*Jn 17,14-16*).

Entre los que son “del mundo” y los que son “de Cristo” los sentimientos son radicalmente diferentes: “Yo os aseguro que lloraréis y os lamentaréis y el mundo se alegrará” (*Jn 16,20*).

El reino de Cristo no es de este mundo:

“Si mi reino fuera de este mundo, mi gente habría combatido” (*Jn 18,36*).

La paz de Cristo no es la del mundo:

“Os dejo la paz, os doy mi paz: no os la doy como la da el mundo” (*Jn 14,27*).

La oración de Cristo no es por el mundo:

“No ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado” (*Jn 17,9*).

El amor de Cristo no tiene por objeto al mundo:

“No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Puesto que todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y jactancia de las riquezas, no viene del Padre sino del mundo. El mundo y sus concupiscencias pasan” (*1 Jn 2,15-17*).

Sin embargo, en su oración suprema por la unidad, Jesús pide por dos veces al Padre:

“Que todos sean uno para que el mundo crea que tú me has enviado” (*Jn 17,21 y 23*).

El pecado del mundo

Jesús vino al mundo para liberarlo de su pecado colectivo. San Juan Bautista señala al Mesías diciendo: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (*Jn 1,29*). Y san Juan, en su primera carta: “El es la víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero” (*1 Jn 2,2*).

El Espíritu Santo vendrá al mundo y “Convencerá al mundo en lo referente al pecado” (*Jn 16,8*).

El príncipe de este mundo

El mundo entero está en poder de Satanás.

“... Porque llega el príncipe de este mundo” (*Jn 14,30*). Pero, “el príncipe de este mundo ya está condenado” (*Jn 16,11*).

“Ahora es el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera” (*Jn 12,31*).

Y sin embargo, aún después de la muerte y resurrección de Cristo, el mundo sigue siendo su esclavo:

“Sabemos que somos de Dios y que el mundo entero yace en poder del Maligno” (*1 Jn 5,19*).

La victoria sobre el mundo

El enfrentamiento de Cristo con el mundo es un combate dramático que la tradición ha ilustrado con el tema de las dos ciudades en san Agustín y el de las dos banderas en san Ignacio de Loyola.

Pero el resultado del combate es seguro: al cristiano se le promete la victoria si sigue a Cristo y por su fe en Cristo:

“En el mundo tendréis tribulación, pero ¡ánimo! yo he vencido al mundo” (*Jn 16,33*).

“Vosotros, hijos míos, sois de Dios y los habéis vencido, pues el que está en vosotros es más que el que está en el mundo. Ellos son el mundo; por eso hablan según el mundo y el mundo los escucha. Nosotros somos de Dios” (1 Jn 4,4-5).

“Todo el que ha nacido de Dios vence al mundo. Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe. Pues, ¿quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (1 Jn 5,4-5).

El Salvador del mundo

La victoria que Jesús obtiene sobre el mundo obra la salvación del mundo y justifica su título de Salvador del mundo.

“Nosotros mismos hemos oído y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo” (Jn 4,42) afirman los samaritanos.

“Nosotros damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo para ser Salvador del mundo” (1 Jn 4,14), dice san Juan en su primera carta.

Y Jesús mismo había declarado:

“No he venido para condenar al mundo sino para salvarlo” (Jn 12,47).

De igual manera, en la conversación con Nicodemo:

“Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo sino para que el mundo se salve por él” (Jn 3,16-17).

La luz del mundo

El Verbo es la luz del mundo. Así lo proclama san Juan desde el Prólogo:

“El Verbo era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba y el mundo fue hecho por él y el mundo no lo conoció” (Jn 1,19. 20; cf. 3,19).

En tres ocasiones se presenta Jesús en el Evangelio de esta manera:

“Yo soy la luz del mundo” (Jn 8,12).

“Mientras estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo” (Jn 9,5; 11,9).

“Yo, la luz, he venido al mundo” (Jn 12,46).

La vida del mundo

Luz y vida son dos temas esenciales en el pensamiento joánico. Cristo es a la vez luz del mundo y vida del mundo.

En la primera carta:

“En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él” (1 Jn 4,9).

La carne de Cristo -a diferencia del maná- da la vida al mundo:

“El pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo” (Jn 6,33).

“El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo” (Jn 6,51).

Conclusión

¿Qué conclusión sacar de este rápido inventario? ¿Cuál es el sentido del término mundo en el Nuevo Testamento? ¿Es una realidad mala o buena? ¿Es necesario separarse de él o estar en él para convertirlo? ¿Estamos llamados a condenarlo o a salvarlo?

1. El término mundo designa el mundo de aquí abajo por contraposición al “más allá”, al otro mundo.

El Verbo vino de “otra parte” cuando la Encarnación, y por su Muerte-Resurrección-Ascensión deja el mundo para volver a esa “otra parte” junto al Padre. Esta “otra parte” no está localizada: el Nuevo Testamento es sobrio y está de antemano desmitologizado en lo concerniente a toda espacialización del “otro mundo”.

2. El término mundo designa también el mundo malo, sometido al poder de Satanás, sumergido en las tinieblas y la muerte. Pero es aquí donde el término es particularmente ambivalente.

Este mundo no está irremediamente perdido: Jesús viene para salvarlo, trayéndole la luz y la vida. Deviene intrínsecamente malo sólo cuando niega voluntariamente la salvación que le llega por Cristo, se opone a la luz y rehúsa vivir. Entonces el mundo se condena a sí mismo, está “ya” juzgado.

3. La concepción del mundo en el Nuevo Testamento es esencialmente cristiana. Sin duda que la oposición entre mundo “de aquí abajo” Y mundo “de lo alto” tiene un sabor platónico, y la oposición entre mundo “de la luz” y mundo “de las tinieblas” tiene un tinte maniqueo (o simplemente qumraniano). Pero la oposición es sólo aparentemente platónica porque el mundo “de lo alto” no es un mundo de ideas abstractas: es tan real como el mundo “de aquí abajo”. Y, por otra parte, la oposición entre el mundo “de las tinieblas” y el mundo “de la luz” es sólo aparentemente maniquea o qumraniana: para los cristianos no existen dos principios quasi iguales, no existe tampoco una categoría de privilegiados-salvados-predestinados; todos son llamados a la salvación.

4. Es notable que sobre este tema del mundo, el pensamiento paulino y el pensamiento joánico están tan próximos que es posible establecer una sinopsis de sus principales afirmaciones sobre el cosmos.

San Pablo	San Juan
La apariencia de este mundo pasa (<i>1 Co 7,31</i>).	El mundo y sus concupiscencias pasan (<i>1 Jn 2,17</i>).
Satanás es el dios de este mundo (<i>2 Co 4,4</i>).	Llega el príncipe de este mundo (<i>Jn 14,30</i> ; cf. <i>16,11</i> ; <i>12,31</i> ; <i>1 Jn 5,19</i>).
Dios no perdona ni a su propio Hijo, antes bien lo entregó por nosotros (<i>Rm 8,32</i>).	No he venido para condenar al mundo sino para salvarlo (<i>Jn 12,47</i>).
En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo (<i>2 Co 5,19</i>).	Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único (<i>Jn 3,16</i>).

5. Dos grupos de textos aparentemente contradictorios ayudan a captar mejor la ambigüedad del mundo:

a) Jesús declara sucesivamente:

“He venido a este mundo para un juicio, para que los que no ven, vean; y los que ven se vuelvan ciegos” (*Jn 9,39*).

“Si alguno oye mis palabras y no las guarda, yo no le juzgo, porque no he venido para juzgar al mundo sino para salvar al mundo” (*Jn 12,47*).

Es, pues, el hombre quien se juzga a sí mismo cuando es enfrentado con la persona de Jesús, “piedra de toque” de la salvación.

b) Otros dos textos de san Juan parecen incompatibles:

“Yo, al elegiros, os he sacado del mundo” (*Jn* 15, 19).

Y dos capítulos más adelante:

“No te pido, Padre, que los retires del mundo sino que los guardes del Maligno” (*Jn* 17,15).

La situación del cristiano con relación al mundo es tan ambigua como el mundo mismo. El cristiano esta a la vez en el mundo (como la levadura en la masa, como la sal de la tierra) pero no es del mundo.

Para terminar este breve análisis es necesario citar dos textos, uno de la Iglesia primitiva y otro de la Iglesia actual:

“Lo que es el alma en el cuerpo son los cristianos en el mundo. El alma está difundida por todos los miembros del cuerpo y los cristianos, por todas las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo y sin embargo no es del cuerpo, como los cristianos habitan en el mundo pero no son del mundo” (*Carta a Diogneto* VI 1-3).

“En vez de estar en el mundo sin ser del mundo, la Iglesia, o mejor, los cristianos, somos del mundo sin estar en el mundo” (reflexión de un joven religioso vietnamita a D. Jean Leclercq).

Ligugé
Francia